



La distinción

Criterios y bases sociales del gusto

de Pierre Bourdieu

Manuel González de Ávila
Universidad de Salamanca

*La distinción.
Criterios y bases sociales
del gusto*

De
Pierre Bourdieu

Edita
Madrid, Taurus, 1998
(1.ª edición en francés
de 1979)

La sociología ocupa, en el universo del conocimiento humano, una posición paradójica, y por momentos insostenible: es la ciencia a la que la sociedad encomienda la difícil tarea de decirle la verdad sobre sí misma, una verdad negada y denegada una y mil veces en el discurso ordinario y que no interesa a casi nadie, o más bien que casi nadie tiene interés en escuchar. La obra de P. Bourdieu, ejemplo de ciencia sociológica, no ha dejado de funcionar como caja de resonancia para esa verdad incómoda. Excelente combinación de los métodos cuantitativos y estadísticos de investigación social y de las mejores tradiciones intelectuales —la economía política de K. Marx, la sociología cualitativa de M. Weber, la teoría crítica de la Escuela de Francfort, la epistemología francesa de A. Koyré, G. Bachelard y G. Canguilhem, la antropología estructural, las ciencias del lenguaje—, dicha obra integra todas sus fuentes para forjar un potente instrumento de descripción y análisis del mundo contemporáneo. Un mundo que P. Bourdieu percibe dividido en espacios sociales parcialmente autónomos a los que denomina «campos» (económico, político, religioso, intelectual, etc.), en los que se juega el destino de los hombres y a cuyo estudio el autor dedicó sus más conocidos trabajos. Destaca entre ellos *La distinción*, ya convertido en un clásico, y un texto que todo intelectual o artista debería leer al menos una vez en su vida. En él P. Bourdieu explora, para comprender uno de esos campos, el cultural, y a sus sujetos y prácticas, las principales dimensiones de su teoría sociológica: los mecanismos de la *reproducción social*, a la que sirven por necesidad la mayoría de

los afanes de los individuos y de las instituciones; la diferencia entre los diversos tipos de *capital* acumulable (el económico, el social, el cultural y el simbólico), en parte intercambiables los unos por los otros; los *habitus* del sujeto, o modos de ser y de hacer socialmente condicionados que guían la percepción que tiene del mundo, y la evaluación que le merece; la *incorporación* por la que el sujeto asume tales *habitus* y los convierte en su identidad, convirtiéndose a su vez a sí mismo en sociedad encarnada; el *sentido práctico*, esa forma de conciencia irreflexiva que permite al sujeto conocer sus intereses y satisfacerlos sin tener que molestar y molestarlos haciéndolos explícitos; el *reconocimiento* que el mismo sujeto está dispuesto a otorgar con demasiada facilidad al poder simbólico, fundado sobre el *desconocimiento* de la naturaleza con demasiada frecuencia arbitraria de este; el estrecho vínculo existente, en consonancia con lo anterior, entre las *relaciones de sentido*, privilegiadas por las prácticas culturales, y las *relaciones de fuerza*, propias de las prácticas políticas; y, claro está, la *distinción*, clave para entender en qué consiste, según el miembro del Collège de France, la cultura legítima y legitimadora. Distinguirse, recurriendo para ello a cuantas estrategias estén a su alcance, es la regla inmanente de la conducta del hombre cultivado: crear e imponer una distancia entre su *habitus*, y los comportamientos por él determinados, y los *habitus* y comportamientos de otros sujetos sociales provistos de un menor, o de un dispar, capital cultural. P. Bourdieu, que inició su vida de investigador en la etnología, pudo constatar sobre el terreno lo ajustado de la visión

antropológica de las sociedades como gigantescas maquinarias de producir diferencias. Diferencias materiales, por supuesto, pero también simbólicas: diferencias en prestigio, en reputación, en reconocimiento, que constituyen la apuesta esencial del juego de la cultura cultivada, la *illusio* fundamental —la «ilusión», en su doble sentido— que mueve al sujeto de cultura a perseguir su distinción haciéndose distinto de los sujetos incultos o cultos de otra manera, con otra cultura. A través del análisis de la regla del juego cultural en lo que tiene de rito social instituyente, P. Bourdieu no cesó en su empeño de denunciar el *subjetivismo*, la ignorancia, casi siempre voluntaria, en la que los hombres, y en este caso los amantes de la cultura, permanecen a propósito de las condiciones sociales de posibilidad de lo que ellos mismos consideran su actividad más característica: los goces de la contemplación intelectual y los transportes de la sensibilidad estética. ¿Pretendía con ello el sociólogo francés destruir el valor de la cultura y menospreciar sus principales manifestaciones, la literatura, el arte y la música de élite? Así lo proclamaron los mismos cultos cultivados que, dando otra prueba más de subjetivismo, se sintieron «personalmente» atacados por un análisis que enunciaba, y no necesariamente denunciaba, los requisitos sociales de formación del «buen gusto» en materia de cultura legítima. Pero en realidad P. Bourdieu consagró

mucho tiempo a defender, contra toda tentación demagógica y populista, las bondades de la cultura más exigente y del arte más excelente. Y lo hizo empujado por un sentimiento de urgencia, tras constatar, en el último tramo de su vida, que el imperio del mercado y la hegemonía de los medios de masas habían conseguido anegar el mundo con la pseudocultura en la que ahora malamente sobrenadamos. No fue ese el único combate a cuyo servicio puso su enorme capital simbólico —su distinción propia como científico, esta sí que legítimamente conseguida—, pues sus muchas responsabilidades nunca le impidieron participar en aquellos proyectos que le parecían dotados de un alcance a la par científico y político. Durante dicha etapa final, el autor de la presente reseña tuvo el honor de proponerle una colaboración que él aceptó con su habitual generosidad, una colaboración que la enfermedad y la muerte vinieron a trincar. Queden así, pues, estas breves líneas como un sincero homenaje a uno de los más lúcidos y valientes pensadores de nuestra época; alguien que, siendo un consumado intelectual, dejó sin embargo escrita una clarividente advertencia dirigida a todos los intelectuales: «De lo que estoy seguro es de que la posesión de las armas necesarias para defenderse contra la dominación cultural, contra la dominación que se ejerce por la cultura y en su nombre, debería formar parte de la propia cultura». ■



Fragmentos de *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*

1.º [Sobre las resistencias contra la sociología de la cultura]

Existen pocos casos en los que la sociología se parezca tanto a un psicoanálisis social como aquel en que se enfrenta a un objeto como el gusto, una de las apuestas más vitales de las luchas que tiene lugar en el campo de la clase dominante y en el campo de la producción cultural [...] La sociología se encuentra aquí en el terreno por excelencia de la negación de lo social. No le basta con combatir las evidencias primarias, con relacionar el gusto, ese principio increado de toda «creación» con las condiciones sociales en las que se produce, sabiendo que los mismos que se ensañan en rechazar la evidencia de la relación entre el gusto y la educación, entre la cultura en el sentido de estado de lo que es cultivado y la cultura como acción de cultivar, se sorprenderán de que pueda emplearse tanto trabajo para probar científicamente esta evidencia.

(Continúa en página 32)



Fragmentos de *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (continuación)

2.º [Sobre estética, ética y esteticismo]

Enfrentados a las obras de arte legítimas, los más desprovistos de competencia específica les aplican los esquemas del *ethos*, los mismos que estructuran su percepción ordinaria de la existencia ordinaria y que, engendrando productos de una sistematicidad no querida e inconsciente para ella misma, se oponen a los principios más o menos explicitados de una estética. De ello resulta una «reducción» sistemática de las cosas artísticas a las cosas de la vida, una puesta entre paréntesis de la forma en beneficio del contenido «humano», significativa por excelencia desde el punto de vista de una estética pura. Resulta como si la forma sólo pudiera aflorar al primer plano al precio de una neutralización de cualquier especie de interés afectivo o ético por el objeto de la representación [...]

3.º [Sobre la necesidad de hacer una crítica «vulgar» de las críticas «puras» del gusto estético]

Placer ascético, placer vano que encierra en sí mismo la renuncia al placer, placer depurado de placer, el placer puro está predispuesto para devenir un símbolo de excelencia moral, y la obra de arte una prueba de superioridad ética, una medida indiscutible de la capacidad de sublimación que define al hombre verdaderamente humano: la apuesta del discurso estético, y de la imposición de una definición de lo propiamente humano que apunta a realizar, no es otra cosa en definitiva que el *monopolio de la humanidad*. Lo que corresponde atestiguar al arte es, por supuesto, la diferencia entre los hombres y los no hombres: imitación libre de la creación natural, de la *natura naturans* —y no de la *natura naturata*—, mediante la cual el artista (y, por medio de él, el espectador) afirma su trascendencia con respecto a la naturaleza naturalizada, produciendo una «naturaleza distinta», sometida únicamente a las leyes de construcción del genio creador; la experiencia artística es lo que más se aproxima a la experiencia divina del *intuitus originarius*, percepción creadora que, sin reconocer más reglas u obligaciones que las suyas propias, engendra libremente su objeto.

Hazte socio de la AAT

Si una de tus obras ha sido estrenada, editada o premiada... **Puedes y debes hacerlo**



Sección autónoma
de la Asociación
Colegial de Escritores

C/ Benito Gutiérrez 27, 1.º izqda. 28008 Madrid. Telf.: 915 43 02 71. Fax: 915 49 62 92. <http://www.aat.es>